

«EL MISMO MATERIAL»

«En esa carne que estira uno la mano y no toca:

En ella habita verdaderamente el dolor»

Granada, 1968.

El blanco impúdico de la azulejería le ha provocado a Nicolás un escalofrío. Le resulta inaguantable de tan limpio, inmisericorde en su disimulo y por completo tosco. Se elevan las paredes en el patrón tajante de sus baldosas hasta ese techo de idéntico color, también enjalbegado. Repara él en las lámparas de estaño y las desprecia. Ausculta luego el acero de aquellas puertas de vaivén que llevan a la sala contigua. ¡Cómo las aborrece aun cerradas! El hedor a lejía le desgarró la garganta.

—Voy a serle muy franco —le anuncia el forense Alejo, mirándolo por encima de la montura de sus gafas de carey—. Reconocer un cadáver es algo terrible, algo que no se olvida nunca. Por eso tenemos que actuar de una manera muy concreta y tiene usted que hacer lo que yo le diga. ¿Lo entiende?

¿Qué iba él a entender? Aquí aguarda, de pie —con el esqueleto sujeto por un vigor cuyo origen desconoce—, ojeroso y empaldecido, y tan solo escucha. ¿Es esto acaso escuchar? No, no lo es, debe ser algo distinto. Él se limita a oír, pues a no oír el mundo alrededor todavía no ha aprendido. Aprenderá con los días... Le devuelve al forense la mirada, pero apenas si ve y, desde luego, no mira. No verdaderamente. Ya se intuye él, sin constatar todavía nada, ciego y sordo. Le acompañan algunos policías, pero ¿quiénes son y de dónde han salido? Podría estirar una mano y tocarlos, pero no están aquí, no del todo. O quizá sea Nicolás quien no ha llegado aún, incluso con el cuerpo y con la sombra presentes. Se halla él perdido, lo mismo que su hijo Román, que no ha alcanzado los siete años, y es su ausencia como un sol que se ensoberbece en pleno mes de julio y no requiere uno siquiera atestiguarlo para saber que allí se escalda, en lo alto del cielo —maldito

sea—, ajeno a su fuego propio. ¿Dónde está su pequeño? Nicolás necesita saberlo, ¡lo exige!, porque allá donde haya marchado se lo ha llevado a él consigo. Y así son dos, no solo uno, los que han desaparecido esta tarde de mayo.

—¿Lo entiende usted? —se obceca el forense, y será tal vez con la cabeza de otro, pero parece que Nicolás ha asentido. Parece...—. Bueno, algo es algo. Tiene que estar preparado antes de entrar ahí dentro, por eso le hago esta advertencia. No sería el primero que se cae redondo.

¿Hay un cierto matiz de orgullo en lo que dice Alejo? Por ser él del todo inmune —y serlo en solitario— a la ferocidad de un depósito, ¿se muestra, de pronto, envanecido? Quizá sean solo sus formas llanas y esa habitualidad del que conoce de cerca la pestilencia de la podredumbre y no le atosiga. Nicolás lo observa sin un pestañeo que le humanice el rostro y asiente. Tras cada ristra de palabras, él asiente. El inspector Luengo ha debido percatarse. Aquella camisa que remangara al salir de la comisaría acaba, en este instante, de desdoblar para cubrirse el antebrazo y hasta los nudillos. Contempla al hombre con la boca como una sutura.

—Hágale caso al forense. —Y cómo le duele tener que darle la razón—. Sabe bien lo que dice.

Nicolás mueve un tanto la barbilla y solo así se manifiesta.

—Lo que trato de decirle es que la cosa está muy fea, no voy a mentirle —Alejo continúa—. El cuerpo del pequeño viene en malas condiciones, y va a ser duro. Por eso le propongo yo una cosa, y el inspector Luengo lo va a aceptar. Por humanidad, lo va a aceptar. —Aquel suspira—. Desde la cadera hacia abajo, el cuerpo está relativamente bien. Se puede decir que la pierna izquierda está casi intacta; la derecha, no. De la cadera hacia arriba..., ya la cosa cambia. Basándome en esto, le recomiendo que no le vea usted la cara: no hace falta. Si viéndole la pierna, ya puede saber a ciencia cierta que es él o no, mucho mejor. Ojalá así sea. Si no es suficiente, habrá que ver más. ¿Cuánto? Me temo que lo que sea necesario. ¿Estamos todos de acuerdo?

Luengo se cruza de brazos. Nicolás no existe.

—Lo estamos —añade el primero.

—Dicho queda —remata el médico con una mueca—. Entremos.

¿Entrar? ¿De qué manera iba él a entrar? Así lo intentara, no podría. Es suyo el derecho a plantarse delante del vano mismo y decir que no. La línea precisa que separa en dos hojas la puerta le sabe a Nicolás, con la tarde ya caediza, lo mismo que una frontera que uno no puede cruzar desde la cordura, la raya concreta que distancia la pradera verde del baldío. Queda, de este lado, todavía un vacío que puede poblar la inocencia, ella siempre tan dadivosa, pero del otro... ¿Qué se rancia en el otro? ¿Qué lo apesta? En esta sala sin una mácula puede él convivir con la desaparición de su pequeño Román, pues es su ausencia mucho más natural que una muerte ya acreditada, menos latosa. Si agacha él la cabeza —¿cuándo la ha levantado?— y cierra a cárceles los ojos, habrá aún de recordar esa mejilla plena de su hijo; el pantaloncito de pana basta, descosido en los bajos, que vistiera esta misma mañana; su boca tendente al silencio... En fin, el retrato de un niño despeinado de seis años, delgaducho, salvaje y quizá en demasía serio. Podría Nicolás, una madrugada, beber un trago más del que debiera y olvidar así que se ha marchado, imaginar que corretea las lomas como de costumbre, contemplar la posibilidad de que, llegado el día, el niño vuelva. Se guardaría, pues, muy adentro el consuelo del descuido y de la embriaguez. Pero, en cambio, si traspasa ese umbral y lo halla no ya ausente, sino manifiesto, fijo en lo alto de una mesa helada, endurecido con las horas... ¿De dónde obtendrá el ímpetu después para continuar adelante? ¿Con qué palabra falsa logrará convencerse?

—Pase, por favor —le insiste el forense con una mano en la espalda que le arde al igual que un ascua. Al fin, no pudiendo él oponerse, entran.

Es el crujido de esa puerta tal que la expiración de quien ha perdido, ya para siempre, el aire. Lo recordará Nicolás a ratos cada noche. Después le vapulea la blancura, una blancura ficticia e impostada sin otro afán que el de sublimar la ruina. Mira él a un lado y otro y parpadea incrédulo. «No puede ser real, no puede serlo», salmodia sin descanso. Habrán velado, sobre el lienzo ya claro,

una capa de pintura nívea para exagerarlo, para hacer todavía más daño, y lo han conseguido, sí, porque ciega el losado bastardo, porque ese vacío en derredor le oprime el pecho y se lo fragmenta después, porque la claridad insidiosa conjura algo ruin que acaso lleve uno por dentro y le insta a sacárselo con tal de interrumpirla y presentarle una traba. En el punto central se alza una mesa de cobre. En cierto sentido —se horroriza Nicolás ante la ocurrencia—, es esa mesa como un anticipo de la cruz bruñida sobre la lápida, esculpidas ambas en el mismo material.

—Vengan por aquí.

Allá yace una forma mínima, tapada por una sábana, tan pequeña que ha de preguntarse el inspector Luengo si se trata, en efecto, de una persona. «No», entiende y se estremece; «no es ya una persona...». Nicolás contempla esa sábana que no existe verdaderamente, no más allá de su locura. La ha colocado alguien por respeto. «¿Por respeto?», se cuestiona, de pronto airado. ¿Por respeto a quién? ¿A aquello que esconde debajo? ¡¡Mentira!! Se entibia un cuerpo en cueros con la carne cosida en falso sobre una cavidad vacía. No lo ocultan por vergüenza, sino tan solo para protegerse de la barbarie del hombre. Cubren su figura escasa porque para cubrirse a sí mismos requerirían mucha más tela.

—Ha llegado la hora —le indica Alejo sin una emoción en la voz—. ¿Está usted preparado?

Él no responde. Le falta un hijo pequeño y le sobra —allí mismo lo tiene delante— un cadáver todavía por identificar. ¿Cómo demonios iba a responder?

—Hágalo —exige Luengo.

Toma aquel un extremo de la sábana. Observa a Nicolás —es su cara como un bosque que la tormenta devasta—, luego al inspector. Al fin, con un golpe seco, la aparta. Relumbra la espinilla en su brillo irreal, matizado por un vello brevísimo a la altura del tobillo. Descansan, a un lado y otro, los pies sin un tesón ya que los enerve ni un borrón que pueda estropearlos. Lleva muy cortas las uñas, rectas, y son los dedos largos y nudosos, como los de un adulto. Una cicatriz blanquecina le cruza el empeine izquierdo. Por debajo de la rodilla, le pautan la pierna derecha cuatro lunares

anchos, ligeramente turgentes. La orilla de la quemadura le oscurece el muslo con la costra cada vez más agrietada y cruda. Una picadura reciente, la de un mosquito, le abulta un punto de la cara interior. Y pensar que tan solo al insecto le corre ya esa sangre por dentro...

—Tómese usted su tiempo, no tenemos prisa alguna —pronuncia Luengo, él gangoso de puro espanto—. Preste atención a cada detalle. Cuanto más seguro esté viéndole las piernas, menos necesario será que vea usted más arriba.

¿Y qué iban a contarle a Nicolás estos fríos rasgos sin un contexto? ¡Nada en lo más mínimo! No existen, son la fabricación de un lunático, parte del atrezo. Ha perdido, queda ahora muy claro, no solo a un hijo: también ha perdido enteramente el juicio. Analiza él la cicatriz y nada le aporta, pues es ficticia. Ni de lejos se le parece a aquella otra que le marcara al pequeño Román el pie cuando lo rescataran de la zanja en la que cayó con apenas tres años, polvoriento él en su sonrisa y exhausto. Ni en la longitud ni en la forma, tampoco en la textura. Y aquellos lunares en qué poco se asemejan a esos otros cuatro que le puntean a su hijo, de arriba a abajo, la pantorrilla. ¡No podrían ser más diferentes! ¡Qué imitación tan ridícula! Se indigna Nicolás, pues halla todo tan burdo. Las uñitas, ¡madre de Dios!, han procurado que fueran similares a las de Román, tan cortas y algo curvadas en la punta, esas uñas que él acariciaba cuando contaba el niño con poco más que unos días y le abrumaba saberlo —recién llegado al mundo— ya tan completo y perfecto. Pero no, es evidente, no han acertado: es el de aquellos un pésimo trabajo. Este pie que pretendían que fuera similar al de su hijo no lo es en absoluto. Aun próximo en la talla, incluso parejo en la forma, ¡no lo es! Tampoco los talones ni los nudillos ni el ángulo del último dedo. Es todo una burla...

¿Y por qué tiembla de repente el mundo? ¿Por qué se le presenta desdibujado y trémulo? ¿Llora? ¡Por supuesto que no llora! Le habrán dibujado las lágrimas bajo el párpado sin otra intención que la de humillarlo, para que resulte cada quien aún más creíble en su papel. No son lágrimas reales, son un artificio, lo mismo que el blancor del enlosado, lo mismo que el cobre de esa mesa, lo mismo que los lunares... Si acercara él la lengua al rastro que ha dejado junto a la

comisura, lo encontraría sin un sabor, en lugar de salobre, plástico y engañoso. Un embuste más. Le cosquillea el labio superior y por eso se relame él ahora, no porque quiera comprobarlo —¡no le hace falta!—, sino para concluir con esta farsa de una maldita vez. Abre la boca y roza aquella humedad que ha de ser —¡tiene que serlo!— simulada, pero entonces... Pero entonces gimotea Nicolás como un perro callejero al que han apaleado y rememora, en un sueño, la factura precisa de cada palo. Se le desploma desde la hondura en la garganta un suspiro y se le comba la espalda, ¡¿y para qué querría él enderezarla?! Como por ensalmo, se ha vuelto mucho más pequeño. Pues no ha encontrado esta lágrima insípida, sino salada; y, si lleva una sal en el llanto, una sal verdadera y no imaginada, ¿no serán ciertas también las uñas? ¿No serán menos distintos —sí, ahora lo ve con claridad: son los mismos— sus cuatro lunares? ¿No estarán una y otra cicatriz relacionadas?

Porque si no han inventado aquellos la habitación que lo constriñe ni dormita en su camastro ni la borrachera lo atormenta, entonces debe estar ocurriendo. Lo comprende él al fin y tiembla.

En derredor se alza, abrupta, la morgue. Delante ubica una mesa de autopsias. Sobre ella descansa el cadáver de su hijo.

No existe en el mundo, a esta hora insoportable, ya nada más.

FIN

The Pale Monarch